

Conversación con Carles Fontserè

Blanca Bravo Cela

Un lunes de finales de julio de 2001 Carles Fontserè (Barcelona, 1916) me abre las puertas de su casa de Porqueres, en Girona. Después de mostrarme unos sorprendentes –por meticulosos– diarios que sigue retrospectivamente para asentar cronológicamente lo que va relatando en sus memorias, nos sentamos a charlar en el salón. Estamos rodeados por su amplísima biblioteca, sus cuadros más preciados –un espléndido autorretrato me había recibido al entrar– y sus más recientes producciones, como el cartel que ha hecho para los jóvenes independentistas de Banyoles. La vista ávida y curiosa y el ánimo del pintor, ilustrador, cartelista, escenógrafo y memorialista predispuesto al recuerdo y la reflexión, inauguran una tarde que promete.

—¿Por qué decidió escribir su vida?

—Esta decisión vino de forma azarosa, puesto que lo que tenía que ser una historia de los cartelistas catalanes se convirtió en mi historia personal. En el año 1977 se hizo en la Bienal de Venecia una exposición de carteles de la guerra civil. Yo compré el catálogo y vi que en ningún cartel se ponía el nombre del autor sino el del coleccionista, es decir, que había carteles míos y de otros compañeros de la guerra que no aparecían firmados con nuestros nombres. Esto me pareció una injusticia tremenda, porque detrás de cada cartel hay un autor, un artista, que lo ha concebido y lo ha realizado. Está claro que un coleccionista tiene el mérito de conservarlos, pero no es el creador. Sentí entonces la necesidad de explicar quiénes eran aquellos cartelistas, qué habían hecho y qué se hizo de ellos después de haber terminado la guerra. Expuse un plan de estudio de conjunto a Josep Benet, quien me animó a hacerlo. Sin embargo, me encontré con que podía hablar de los amigos apenas de forma muy superficial, porque no tenía suficiente información. Comunicué a Benet mi necesidad de ir al Archivo de Salamanca a consultar textos e ir a Toulouse, donde había muchos exiliados y amigos, para poder completar esas memorias de grupo. Me dijo que para

esto no había dinero y me sugirió que en lugar de escribir el texto en tercera persona, como historiador, lo escribiera en primera persona, como autobiógrafo. Es decir, que escribiera mis memorias y hablara de los compañeros sin la necesidad de hacer un tratado de conjunto tan extenso. Ya había empezado a escribir gran parte de aquel estudio, así que volví a empezar, pero desde el punto de vista personal.

—*Quizá por esa intención primera de hacer un estudio de investigación, al leer sus memorias, se tiene la impresión de estar ante un texto total que procura maximizar los detalles y, a la vez, ilustrarlos con cartas, recortes de diarios, gráficos, carnets de adhesión a diferentes asociaciones y espléndidos dibujos. ¿Partió de una concepción definida de la escritura de memorias?*

—La idea de la que parto es la de explicar mi biografía inserta en lo que está ocurriendo en el mundo. Hablo del momento histórico, siempre que tenga una cierta relación, no necesariamente directa, con mi vida. Esto es lo que ocurre al llegar a Francia, cuando llego al campo de concentración. Me refiero al mundo concentracionario, en general, porque me influyó a mí particularmente. En esencia, mi objetivo es explicar mi vida dentro de un marco general que por un motivo u otro me ha influido.

—*¿Al pensar el proyecto autobiográfico, o durante la escritura, tuvo presente algún modelo?*

—No. A mí me ha hecho un gran servicio haber leído cada día *The New York Times*, durante los veintitrés años que estuve en Nueva York. He adquirido la forma de escritura americana más concreta que no, al menos yo la recordaba así, la más extensa y literaria española. Como no soy literato, me he limitado a nombrar los hechos, sin divagaciones. Hay un novelista catalán que ha escrito mucho sobre la Guerra Civil que es Artís [Avel·lí Artís Gener, *Tísner*], pero pierde la perspectiva. Yo tengo sus libros de memorias para buscar datos, pero no me sirven de nada, porque todo es fantasía. Él dice que fue director de *L'Esquella de la Torratxa*, y no lo era. O relata que se apoderaron de *L'Esquella* pocas semanas después de empezada la Guerra Civil y en realidad fue un año y algo más. Es decir, como lo tengo ordenado en los diarios, tengo las fechas exactas y puedo contrastar. A muchos memorialistas, la parte de literatos les imposibilita la verdad histórica porque se dejan llevar por la inspiración literaria.

Claro, después de haber leído estas obras, soy un enemigo de la memoria semiliteraria. Estoy de acuerdo en que se puede escribir una novela histórica, pero hay que llamarla novela y no memoria, porque el lector no sabe en qué momento está leyendo historia y en qué momento literatura.

Así que si hay algo que no es correcto en mis memorias es porque realmente me he equivocado o bien porque el lector no comparte mi punto de vista, pero he procurado siempre ser fiel a lo ocurrido.

—*Las guerras del siglo XX han marcado su vida. Con la Guerra Civil, en concreto, acaba el primer volumen de sus memorias, Memòries d'un cartellista català (1931-1939) (1995), y empieza el segundo, Un exiliat de tercera. A París durant la Segona Guerra Mundial (1999), aunque sea para decir en la primera página: «la guerra per a mi, s'havia acabat». Sin embargo, quedan el exilio, los campos, la represión y otra guerra.*

—Al contrario de Primo Levi, yo estoy muy contento de haber vivido estos períodos porque me han formado el carácter y mi modo de juzgar las cosas.

—*¿Cómo evalúa la Guerra Civil, ahora que la ha vivido y la ha escrito?*

—Bueno, ¿desde qué punto de vista? Desde un punto de vista humano, es un crimen; desde uno social, es una estupidez; desde un punto de vista histórico, una gran manifestación de ignorancia y desde uno personal, una gran aventura.

—*¿Qué papel le parece que cumple hoy la Guerra Civil en el panorama político y en el imaginario colectivo españoles?*

—Actualmente a la Guerra Civil se la entierra. Los políticos de izquierda, en el fin del franquismo, hicieron de ella su bandera. Pero una vez que les sirvió para alcanzar el poder más bien creo que les estorba, no les interesa en absoluto, desde mi punto de vista. Parece que cuando se habla de la Guerra Civil se lleva a la actualidad una antigualla, en cambio, antes de la Guerra Civil, y aun antes de la República, había una monarquía borbónica, todavía más fuera de la modernidad, y no se consideró que eso fuera una razón suficiente para que el rey actual no siguiera la línea monárquica. Es decir, los partidos de izquierda han convertido la República en una anéc-

dota histórica, no en un período de la evolución de la historia del país, sino en una especie de aventura de juventud. A los jóvenes que crecen hoy en España se les explica la República como una travesura histórica y se le quita trascendencia a la guerra.

—La descripción de ciertos momentos traumáticos del pasado común, como los años de la Guerra Civil, han suscitado una enorme cantidad de escritura de recuerdos que no siempre coinciden. No es igual la visión que nos ofrecen de la Guerra Civil Española en sus memorias Dolores Ibárruri, Rafael Alberti, el cardenal Gomá o Serrano Suñer. Usted también toma partido en su recuerdo del pasado, ¿debemos hablar entonces de una historia colectiva parcial o de una historia personal completa?

—Efectivamente, yo tomo partido. Yo no soy historiador, sino que tomo partido por la República y por las personalidades de la República, a pesar de que pueda ser muy crítico, incluso ahora, con la política que hicieron. Sin embargo, no critico de lejos, sino desde el punto de vista de un implicado. Considero, por ejemplo, en los gobernantes de la República una incapacidad tremenda para llevar al país dentro del contexto internacional. Los antifascistas hicimos la guerra contra el fascismo, pero ¿con qué amigos? La riqueza española estaba en manos de los extranjeros. Es decir, no se conocía bien el panorama político.

Soy muy crítico contra todos los políticos, pero eso no quiere decir que yo reniegue de la República. Creo que cuando se produjo la transición, se hubiera tenido que hacer un plebiscito y, si el franquismo había nacido de un golpe de Estado que triunfó gracias a los fascismos italiano y alemán, se tenía que haber vuelto a la República como régimen normal de España y, a partir de aquí, hacer elecciones o lo que fuera. Yo me considero políticamente traicionado por esos que se han llamado demócratas y socialistas. Soy fiel a la Generalitat republicana, a pesar de que pueda considerar que Companys pudo actuar de otro modo, pero siempre dentro de mi lealtad.

Hoy, con la disciplina de voto, el Parlamento es una comedia. Con el franquismo eran una comedia las Cortes y hoy también lo son. Y es que, si hay varios diputados, es para que cada uno manifieste su punto de vista, si no, no tiene sentido. Actualmente, decir que hay democracia en España es burlarse de la gente. Hay más libertad que durante el franquismo, lo aceptamos. Los que estamos de acuerdo con eso, tenemos cierta libertad que no tienen los que lo critican. También durante la dictadura había liber-

tad para proclamar cien mil elogios de Franco, pero lo que no se podía decir era lo contrario.

—*En ese sentido, ¿echa de menos la República desde un punto de vista político?*

—Sí, porque aunque yo podía estar en desacuerdo con lo que decían muchos diputados, cada diputado tenía su opinión y la gente votaba a un diputado que representaba realmente a un grupo de personas. Actualmente un diputado no representa más que al comité de su partido. El sistema electoral hoy es antidemocrático y las diferencias que pueda haber de fondo con el franquismo, para mí, son nulas.

—*¿Le preocupó el hecho de explicar vivencias colectivas, que quizá sus lectores habían compartido, pero que no reconocieran?*

—Parto de la idea de que los árboles no dejan ver el bosque. El español que ingresó en las milicias y que estuvo en el frente prácticamente toda la guerra, de ella históricamente no sabe nada, aunque él la haya vivido personalmente. Por ejemplo, mi hermano participó en la batalla del Ebro. En su unidad bombardearon, pero eso no quiere decir que conozca la guerra mejor que yo. Yo estuve en las Brigadas Internacionales, pasé a Estado Mayor. Es decir, yo estaba más lejos del frente, pero creo que estaba más informado de la guerra que mi hermano dentro de la propia guerra. Haber hecho la guerra, en definitiva, no justifica hablar de ella en términos históricos o generales. Se puede explicar la experiencia personal de uno, pero puede hablar históricamente mejor un historiador de hoy que haya estudiado el tema, que no un luchador que la haya vivido. Así, yo he podido constatar que algunos exiliados de poca cultura explican a veces la guerra que han leído o han oído, pero de una manera sistemática confunden lo que han sabido después con lo que habían vivido anteriormente. Ahora, por ejemplo, en este momento, estamos viviendo lo que ocurre a través de la prensa, de la televisión... Dentro de unos años podremos explicarlo pero, en realidad, si no vamos a averiguar lo que hay detrás, no lo podemos conocer exactamente.

De tal forma, yo, que escribo en cierta manera como testimonio, estoy muy en contra de los testimonios de la guerra, porque en general inventan mucho. Dan como conocimiento propio lo que han conocido a través de los amigos, de la prensa. Desde este punto de vista, un testimonio puede hablar